

EL CENTINELA

DE LA CONSTITUCION ESPAÑOLA

DEL JUÉVES 9 DE SETIEMBRE DE 1813.

Sr. Centinela : soy un hijo de Madrid á quien interesan demasiado sus glorias para mostrarme insensible á ellas : nunca dudé un momento sobre el buen estado del espíritu público de sus habitantes , primeros que en la península alzaron el sagrado grito de la independencia ; que han manifestado la firmeza de su carácter , llevándola hasta el extremo con sus mismos opresores ; y que han osado insultar con una valentía sin igual á las bayonetas , á los mariscales y aun al intruso rey de la farsa francesa.

No sé que haya otro pueblo excedido al de Madrid en la heroica fiera y su noble orgullo con los enemigos , así como tampoco le habrá superior en la dócil obediencia y respeto á las legítimas autoridades.

El 19 de marzo y 2 de mayo de 1808 en el acceso de su encarnizamiento , supo ahogar repentinamente los impulsos de su justa y exáltada cólera que bastó á contener la presencia de su amado príncipe en Aranjuez , y que supo en Madrid tranquilizar el ruego del Consejo de Castilla ; y este generoso pueblo tan denodado para la honrada venganza , como prudente y sumiso para con su Monarca y gobernantes , ¿ podría dexarse de prestar á admitir gozoso una Constitucion que premia sus distinguidas qüalidades , con el goce de unos derechos , que ha sido el primero á reclamar y á ganarse , prodigando por ellos la preciosa sangre de sus már-

tires, vertida por los infames vándalos en los días 2 y 3 de mayo? ¿Podrá este pueblo jamas formar otro sistema que el que pide ese precioso código de nuestra inmortal Constitucion? ¿Podrá por ventura separarse de las meditadas instituciones y decretos sancionados por el respetable y sábio Congreso nacional? Es bien seguro que no. Yo respondo, con mi existencia, de ello. Nuestras Córtes dixeron: *Pueblo español, tuya es la Soberanía. Sea libre el uso de la imprenta. No haya mas feudalismo. Acábese el despotismo ministerial. Concluya el vergonzoso yugo señorial. Desaparezca la sanguinaria invencion de las horribles hogueras. Cese la sacaliña de la contribucion del figurado voto de Santiago, peculio de una corporacion poderosa. Destiérrense las góticas prácticas forenses á que se sacrificaban la seguridad y el bien estar del ciudadano. Seamos unos mismos ante la ley. Y finalcense ya la arbitrariedad y las injustas pretenciones de la dominante Aristocracia.* Tal fué el enérgico idioma de nuestros legisladores; y á él se ha seguido el uniforme voto de los madrileños, ecos fieles de la sonora y concertada voz de sus oráculos.

Sin embargo se tuvo la osadía de suponer á la faz del soberano Congreso que la abolicion del tribunal de Inquisicion no era bien recibida en Madrid, quien tan luego como se viese libre de los enemigos, pensaba oponerse á esta medida. Se ha tenido la avilantez de calumniar al pueblo mas sábio, acaso, de la monarquía, con mil invectivas, dirigidas á persuadir que aquella capital no quería las reformas, y se ha trabajado por hacer formar las ideas mas absurdas de sus opiniones y sistema.

La experiencia ha falsificado tales imposturas, y ha hecho enmudecer á la profanadora voz de la torpe intriga. Madrid, que jamas autorizó á ninguno de sus representantes, para que equivocando sus intenciones

podrían hacer dudar á la magestad del Congreso de su pronta adhesión á los liberales principios de unas Cortes á quien respeta demasiado para contrariar; ha recibido con el mayor júbilo la sabia Constitución, la ha jurado con indecible entusiasmo, la obedece con voluntad decidida, la bendice, y quantos decretos se han sancionado, cumpliéndolos y felicitando por ellos al soberano Congreso del modo mas significativo y enérgico. Estos son unos hechos comprobados por sus reiteradas exposiciones; y así, la que el señor *Villodas* hizo sobre la Inquisición, ha dexado su opinión muy mal puesta, y para repararla, está en el caso de vindicarse contra la atroz calumnia con que le han comprometido sus iníquos corresponsales, atribuyendo á los madrileños proyectos que ni por sueño han ocupado su imaginación.

Madrid ha hecho mas: ha nombrado una diputación para las Cortes ordinarias que desmentirá el infame ultrage inferido á su delicado quanto recto modo de pensar, y hará ver que las vagas suposiciones con que los visionarios y enemigos del buen nombre de aquel invicto pueblo, han querido obscurecer su ilustración y sanas ideas, han sido hijas de una intriga ratera ó de una estupidez vergonzosa.

Los dignos diputados que envia acreditarán en el anfiteatro de las Cortes que, penetrada la metrópoli del reyno del sistema que debe fixar nuestra independencia y los imprescriptibles derechos del ciudadano, ha conocido que el medio de caminar mejor á tan grandioso objeto es el de confiar su representación á sujetos capaces de coadyuvar á consolidar la opinión pública, por su notoria instrucción y decidido amor á la buena causa; para lo qual supo Madrid deshacer en el acto mismo de la elección, la miserable cábala de unos quantos agentes de la *Aristocracia* y del am-

bicioso *Despotismo*, destruyendo sus mezquinos planes y eligiendo à tres ciudadanos, cuya executoria principal está en sus patrióticas ideas y principios, cuidándose ménos de la clase de hidalgos à que accidentalmente pueden pertenecer, que de sostener las hidalgas máximas de concluir el hermoso edificio de la libertad civil, que nos aproxíme mas que à otra alguna potencia, à la felicidad de que indudablemente nos alegrarían los infames corifeos de la tiranía, que aun se atreven hoy à insultar à una nacion generosa y libre, queriéndola obligar à retroceder hàcia las abominables instituciones que nos tenian sumidos en la esclavitud.

Ni se crea tampoco que la parte sana de Madrid ignora que sus nuevos representantes, incapaces de prestarse á obscuras maquinaciones, destructoras del sistema constitucional ó de abandonarse (como algunos) à la codiciosa adulacion, à los ministros del Consejo de Estado y secretarios del despacho, ni de ir á quemar impuros incienso á las casas de embaxadores ó ministros extrangeros, haciendo el humillante papel de hambrientos comensales con que se degradan y comprometen (á fuer de agradecidos) á revelar el sagrado misterio de muchas interesantes y reservadas disposiciones del augusto Congreso; deberán ser motejados por estos, y vilipendiados por cierta agrupada canalla de hipócritas y serviles idólatras de los antiguos vicios de nuestra desmoralizada Côte, cuyos iniquos prosélitos les apostrofarán con los denuestos y calumniosos epitetos de *jansenitas*, *francmasones*, *hereges y libertinos*, armas favoritas con que hacen su traidora guerra los malvados enemigos de la patria á todos los que afrontando los riesgos y las asechanzas de la perversidad defienden al pueblo español, y derrocan la colosal máquina del partido maquiavélico de aquellos perjuros que aspiran á restablecer el tirano imperio de la arbi-

trariedad, y volvernos á poner las pesadas cadenas que arrastraba el infeliz como heróico pueblo, sujetándole al ignominioso envilecimiento, y haciendo de él una tropa de esclavos.

No, invictos conciudadanos míos, dignos é imperterritos españoles, ilustre y animoso pueblo de esta gran nación, destinada por la Providencia á ser el freno del despotismo y de la ambicion extrangera; no manchemos con una cobarde debilidad los gloriosos timbres que hemos sabido comprar al subido precio de la derramada roxa sangre que con honroso entusiasmo hemos vertido, entonando sonoros himnos á la dulce libertad, por la qual hemos arrostrado con impavidez la muerte y toda clase de penalidades. El sagrado código de nuestra Constitucion en una mano, y el desnudo acero en la otra, han de ser los garantes de nuestra dignidad de ciudadanos. Corra, si fuere preciso, la espumosa renegrida sangre de los proclamadores del asiático manejo y de la antigua caducante política. Al infractor de nuestras nuevas leyes, al que las profane con atroces calumnias, al que las ataque para destruirlas, sea la espada de la ley la que le castigue; mas si los administradores de ella, si los gobernantes con su criminal indolencia ó con su estudiada apatía no tratan de descargar el golpe de la justicia sobre los sediciosos perpetradores de semejantes delitos, sean entónces nuestros aceros los que hagan respetar las instituciones que han de conservarnos en la suspirada independencia.

Huyan, pues, léjos de nosotros los atentadores al decoro debido, á la Soberanía nacional; no nos dexemos fascinar por las vanas apariencias de una rectitud fantástica y mentida. Españoles, todos tenemos un derecho, declarado á exigir de los funcionarios públicos la exáctitud en el desempeño de sus destinos. El minis-

tro que se proponga vincular á su representacion el orgullo, la arbitrariedad caprichosa y la grosería, tenga entendido desde ahora que no es digno de establecer ni dirigir nuestra suerte.

El gobierno que, impudente, se extravíe del sistema que se ha fiado á su zelo y vigilancia, jamas merecerá presidir á una nacion que quiere solo gobernantes amigos de la Constitucion, inexôrables contra los que la quebranten, protectores de la justicia y la seguridad del buen ciudadano, y que no confundan la moderacion con la torpe indolencia, ó el disimulo que pueda exponerles á hacerlos sospechosos en las tramas de los malvados.

Esta es la dignidad de la Monarquía Española; estos los sentimientos de todas sus provincias; y este el voto constante y jamas desmentido, desde el dichoso instante de nuestra insurreccion, del pueblo madrileño, que, en la acertada eleccion de sus virtuosos representantes acaba de executoriar del modo mas auténtico, la índole de sus habitantes, y el estado de su ilustracion, menos atrasada de lo que han insistido en persuadir la ignorancia, la malicia, y la solapada intencion de sus detractores. Cádiz y Agosto 31 de 1813. *El Español ingenuo.*

Pregunta constitucional.

Señor Centinela: ¿En un pueblo libre y dueño de la Soberanía, el Gobierno, es decir, el poder ejecutivo, cuenta entre sus atribuciones la de disponer de la paz, de la guerra, del comercio, los impuestos, enagenaciones de derechos ó pertenencias, tratados especiales con potencia otra ni extranjero, conceder privilegio alguno exclusivo á persona ni corporacion &c.,

sin aprobacion de la Soberanía, que es lo mismo que decir, sin que el pueblo lo sepa?

La respuesta á estas preguntas ya sé que está en el tít. 4.º cap. 1.º artíc. 172 de la Constitución.

Pero vaya otra consiguiente á esta. ¿Podrá la Regencia hacer pactos con generales extrangeros ni aun nacionales, ni con gabinetes aliados ni enemigos, en orden á los negocios de alta política, de guerra ni de asunto alguno en que se pueda comprometer á la nacion para su cumplimiento ni obligarla, sin que esta lo haya aprobado ni sabido? ¿Los convenios ó pactos que se suponen celebrados entre la pasada Regencia y el ilustre duque de Ciudad-Rodrigo se aprobaron por las Cortes? ¿Los han sabido estas? ¿Se han notoriado al pueblo para que los supiese como era debido? ¿Serán por ningun término válidos sin esta circunstancia? ¿Podrá el noble Lord exigir su exácto cumplimiento de una nacion que ni tiene noticia ni ha prestado su anuencia? Bien sabe el discreto Wellington que no: y que qualquiera accion que le correspondiese no podría deducirla contra la nacion, sino contra los que pactaron por sí sin poder bastante hasta la aprobacion necesaria ó noticia suficiente. Con que no tenemos que hablar sobre este punto.

Vaya otra: ¿por qué no se imprimen y dan al público esos tratados? ¿Qué misterio envuelven? En una nacion libre deben desaparecer los misterios y ocultos manejos. Ya no se puede dar la disculpa de que hay ciertos asuntos que deben ser reservados para que los enemigos no los trasciendan, porque á estas horas deben saber los franceses y todas las potencias que ha habido pactos entre el invicto Lord y la quirinal Regencia: toda nacion está autorizada á interpretarlos como quiera, y acaso á darlos una importancia que sea perjudicial; con que fuera el ministerio, y sepamos á

quantos estamos de pactos que no debe ignorar un pueblo dueño de sus intereses, á quien creo que la anterior Regencia no acomodaba que los conociese; pero pues ya no hay *Godoy* ni debe haberlo en España; vamos claritos y entendámonos todos; vengan esos pactos y véanse desde el figon de la *Caleta* hasta el gabinete de las duquesas que estén fuera del fuego que manejan otras émulas de la famosísima *Cava* á quien tanto debió la nacion Española: Sr. Centinela, disimule vd. que le diga que es un pobre hombre, y que se le pasan muchas cosas por alto; al fin le irá avisando á vd. de algunas

El ciudadano Juan Claro.

Vaya otra: ¿por qué no se imprimen y dan al público esos tratados? ¿Qué misterio envuelven? En una nacion libre deben desaparecer los misterios y ocultos tratados. Ya no se puede dar la disculpa de que hay ciertos asuntos que deben ser reservados para que los enemigos no los trascendan, porque á estas horas deben saber los franceses las potencias que han firmado pactos entre sí y la diputación de la

Cádiz: 1813.

En la Imprenta de Don Vicente Lema, calle de san Francisco núm. 47.